

no de Herminia, se alzó la cortina que cubría la puerta de la habitación y apareció la Marquesa delante de ellos.

—¡Ah! exclamó la hija de Lord Walbrook poniéndose de pié: Miguel se levantó azorado.

—Señora, dijo Luisa con voz turbada, vuestra doncella no ha querido anunciarme.

—Vos, señora Marquesa, se apresuró á decir Herminia adelantándose á recibirla, no necesitáis que os anuncien, porque acabáis de entrar en vuestra casa. Sentaos..... me parece que estais cansada..... ¡Dios mio! ¿os sentis mal?

En efecto, la Marquesa estaba sumamente pálida, y sonriendo dulcemente á Herminia y á Lanuza, se sentó. Éste disimulaba en vano su sorpresa, y no sabiendo qué hacer, saludó cortésmente á la Marquesa, pidió permiso para retirarse, lo obtuvo y salió de la estancia.

Las dos nuevas amigas se encontraron solas y frente á frente.

CAPÍTULO VI.

El manuscrito.

Desde el palacio del Lord Walbrook, el afortunado mortal, que, como hemos visto, acababa de obtener el envidiable amor de la hermosa Herminia, se dirigió apresuradamente á su casa, con ánimo resuelto de encerrarse en su cuarto y devorar el manuscrito que llevaba en el bolsillo. Sin embargo, creía haber adivinado lo que el pliego contenía. ¿Qué había de ser? Indudablemente la historia de alguna locura de Lord Walbrook. El noble inglés pudo muy bien poner sus ojos grises, más ó ménos tiernos, en alguna criatura bastante bella y bastante pura para ser amada, mas no tan ilustre ni tan rica, que pudiera aspirar á la suprema dignidad de Miladi. Para estos casos tiene la

seduccion medios eficaces, y claro está que Lord Walbrook pondria en práctica aquellos que más pronto y más fácilmente lo llevarán al cumplimiento de sus deseos. La pobre muchacha caeria en la red, esto es corriente, y affligida y desesperada esconderia su infortunio en el rincon más oculto de la tierra, y al fin moriria de pesar; por supuesto, despues de haber dado á luz á Herminia. Lord Walbrook recogeria á su hija, la haria educar en uno de los mejores colegios de Francia, llevándola despues en su compañía.

Esta historia, poco más ó ménos, era la que, segun Miguel, contenia indudablemente el manuscrito. En él habria cartas autógrafas que atestiguáran la verdad del caso. La jóven procedia noblemente, descubriéndole de ese modo el secreto de su nacimiento, y Miguel se recreaba pensando en el efecto que causaria en Herminia la firme resolucion que abrigaba de reparar con su amor, con su nombre y con su mano aquella injusticia de la suerte. Lord Walbrook no rechazaria sus pretensiones, tanto más, cuanto que Herminia le dejaria entender su in-

clinacion y su deseo, y era asunto concluido, porque era indudable que la singular belleza de la hija ejercia sobre el padre una influencia decisiva. Por lo visto, el orgulloso Lord no se atrevia á reconocerla públicamente, presentándola en el mundo como á la legítima heredera de su nombre y de su fortuna. Debia tener para ello varias razones, que Miguel respetaba; pero al fin era su hija, y Lord Walbrook queria compensarla de esta crueldad de su destino, rodeándola de las más complacientes atenciones.

Semejante situacion era, sin duda, la causa del retraimiento, de la soledad y hasta del misterio en que entrambos vivian. No faltaba, como á su tiempo vimos, quien supusiera que la hermosa jóven se hallaba unida al opulento inglés con vínculos poco honestos; pero Lanuza condenaba estas murmuraciones de la malicia al más completo desprecio, porque tenía un dato seguro para creer que Herminia era hija de Lord Walbrook, como él mismo habia dicho á Sir Packet el dia que vieron el retrato de la jóven en las habitaciones del Lord.

El dato de Miguel consistía en la tranquilidad y natural benevolencia con que supo el motivo que había tenido á nuestro héroe toda una noche escondido en el ropero de Herminia, y la solicitud con que dispuso las cosas de modo que Miguel saliera del palacio sin comprometer el decoro de la jóven. Semejante conducta no es propia de un amante. Y si es que por el momento pudo reprimir el impulso de la sospecha, ¿cómo después no puso obstáculo alguno á que los dos jóvenes se vieran y se tratáran con afectuosa intimidad? Semejante conducta será imprudente en un padre, denotará excesiva confianza ó demasiada indiferencia; pero es de todo punto inadmisibile en un amante. Indudablemente Herminia era hija de Lord Walbrook. Para Lanuza era una cosa evidente, de clavo pasado.

Sea la que quiera la fuerza que nosotros concedamos á esos razonamientos, convenáramos en que no había motivo fundado para pensar otra cosa, sin perjuicio de que los más suspicaces pudieran dar cabida á todo género de sospechas. Entre tanto Mi-

guel era el sér más feliz de la tierra; se dirigía á su casa, llena la imaginacion de las más risueñas esperanzas. ¡Qué cambio tan dichoso y tan repentino en su suerte! Había ido á despedirse de Herminia para siempre; llevaba el firme propósito de verla por última vez, y hé aquí que cuando ménos lo esperaba se encuentra á punto de unirse á ella también para siempre..... ¡Qué loca es la fortuna!

Mas no hay en el mundo felicidad completa; en el fondo del vaso en que la dicha humana nos ofrece las más dulces delicias, no falta nunca una gota de hiel. La inesperada presencia de la Marquesa en el cuarto de Herminia en el momento en que oprimía con sus labios la codiciada mano de la jóven, le había producido una impresion fria y dolorosa. ¿Cuándo, cuándo había hecho la Marquesa conocimiento con Herminia? ¿Dónde se habían visto por primera vez? ¿Cómo habían trabado aquella amistad, que parecía íntima y antigua? ¿Por qué Herminia lo había ocultado? Siempre que un hombre, hablando á sus solas, se dirige muchas

preguntas acerca del mismo asunto, es señal casi segura de que no tiene ninguna respuesta que darse.

No debe sorprendernos la serie de dudas que á Miguel ocurría, pues ignoraba lo que nosotros sabemos; esto es, la singular manera con que la Marquesa se habia puesto en comunicacion con Herminia.

Realmente ningun temor fundado despertaba en su ánimo la amistad, hasta entonces ignorada, de la Marquesa y de la hija de Lord Walbrook; pero su amor se sentía mortificado. Luisa los habia sorprendido en un momento de tierno abandono. ¿Qué pensaría la Marquesa de Herminia? Esta gota de hiel, que acibaraba su dicha, la comprenderán fácilmente los corazones que hayan amado de veras, porque sabrán que nada hay más celoso del buen concepto de la mujer querida, que el amor verdadero.

Aprovecho esta ocasion para dar á las mujeres que lean esta verdadera historia una regla que puede servirles: siempre que el hombre cuyo corazon creéis poseer, os permita esa multitud de ligerezas, no siempre

inocentes, con que soleis hacer sospechosa vuestra conducta en el concepto de las gentes más ó ménos maliciosas, estad seguras de que ese hombre no os quiere, por la sencilla razon de que no os estima.

Entró Miguel en su casa y se encerró en su cuarto, sacó el manuscrito del sobre en que estaba encerrado, y desdoblándolo, comenzó á leer la primera página sin sentarse, y dando desde la primera palabra muestras de admiracion y de asombro, bien naturales por cierto, si se considera que los renglones se sucedían uno detras de otro escritos en castellano, cuando él creía que Herminia ignoraba nuestra lengua. Siempre, como sabemos, hablaba en frances. Es verdad que aquéllas podían haber sido escritas por otra mano. La letra era de mujer, bastante clara, aunque al parecer poco ejercitada.

Devoró la primera página y pasó á la segunda, leyendo con interes visible y creciente. De vez en cuando dejaba escapar ahogadas exclamaciones, otras veces rechinaba los dientes con ira ó con dolor reconcentrados; las hojas del papel que leía temblaban en sus

manos. Por último, llegó al final de lo que parecía como el primer capítulo del manuscrito, y allí se detuvo, respiró con violencia, y pálido como un difunto, se sentó en la silla más próxima al balcón, sin duda porque sus ojos turbados necesitaban toda la luz del cielo para proseguir la lectura que tan profunda sensación le causaba.

Comenzó á leer de nuevo, y hé aquí copiada al pié de la letra la continuación del manuscrito. Decía de esta manera :

«Todo eso que acabo de escribir con la ira en el alma y las lágrimas en los ojos, ocurrió en aquella aciaga noche de terribles visiones. Mi primer pensamiento fué morir; pero pronto acudí á reanimar mi espíritu desfallecido otra idea más terrible que la misma muerte : la venganza. Experimenté una horrible necesidad de vengarme, y me así con desesperación á la mano que en aquel instante se me ofrecía. Yo habia sufrido con paciencia el ódio brutal de un sér perverso, á quien la costumbre me hacia llamar hermano. Yo sobrellevaba con resignación la

sórdida avaricia y la fría maldad de una mujer que habia usurpado traidoramente el lugar de mi madre. Me veía ultrajada y vendida, pero me alentaba y me defendía una esperanza : él.

»¡Cuántas veces, apoyada sobre el alféizar de mi ventana, buscaba aquellas miradas y aquellas sonrisas, que eran la única compañía que encontraba en la soledad de mi vida!

»No pretendo disculpar mi falta; la reconozco, la confieso y la lloro.»

Miguel apretó convulsivamente el puño y lo dejó caer con violencia sobre el brazo del sillón en que se hallaba. Suspiró despues con ansiosa cólera, y prosiguió leyendo.

«Aquella misma noche salimos de Madrid.

»Me sería imposible referir con exactitud los pormenores de este viaje repentino. El Duque lo dispuso con una actividad asombrosa. Recuerdo que salí de la casa apoyada en su brazo, que subí en la berlina que nos esperaba en la puerta, y que partimos. No

sé dónde nos detuvimos; nos apeamos y el Duque despidió su berlina; pero allí había otro coche, en el cual subí, y á los pocos instantes partió, rodando impetuosamente sobre el empedrado de las calles; despues comenzó á deslizarse suavemente, como si corriera sobre una alfombra.

»La luz del día, tan alegre para los dichosos y tan triste para los desgraciados, esparció por el horizonte la primera claridad de la mañana. Entónces miré á mi alrededor con el asombro del que despierta de un sueño, y pronto comprendí la terrible realidad de la situación en que me veía, y cerré los ojos, porque no tenía valor para mirar la oscuridad de mi suerte, iluminada por la cándida luz de la mañana. Hay días que no debían amanecer nunca; yo hubiera preferido en aquel instante una noche eterna; el sol iba á descubrirme ante mis propios ojos, y tenía miedo de verme.

»Yo sola ocupaba el testero del coche, sentía mis rodillas abrigadas por el suave peso de una hermosa piel, y había junto á mí una capa y un sombrero de viaje. En-

frente de mí, reclinadas las cabezas sobre los dos opuestos ángulos del coche, dormían dos personas: el Duque y una señora; ¡una señora.....! tal era, por lo ménos, su aspecto. Esta inesperada compañía animó mi espíritu abatido. Sus facciones me eran de todo punto desconocidas. No era jóven, y dormía profundamente con esa seriedad que el sueño imprime en el semblante de las personas dormidas. No recordaba cuándo había entrado en el coche; yo no hacía memoria de haberla visto entrar, pero su presencia allí me aseguraba de que había entrado. Sin duda estaba ya dentro del coche cuando yo llegué.

»Al traves de los vidrios que cerraban los ventanillos, vi adelantarse hácia mi izquierda una hermosa quinta, rodeada de un extenso jardín, cuyos árboles silenciosos levantaban al cielo sus tranquilas copas..... ¡ay! yo tuve envidia del reposo en que vivían. Por un momento temí que aquella quinta solitaria fuera el término de nuestro viaje, y temblé, porque en la inquietud en que se hallaba mi espíritu, necesitaba correr, correr, sin detenerme en ninguna parte; pero

el coche pasó á cierta distancia de la quinta.

» Poco despues se presentó á mi vista la sombra de una inmensa mole de piedra, que me pareció á la vez templo y palacio, y luego percibí las primeras casas de un pueblo, al cual nos acercábamos.

» Dió el coche un vaiven, y el Duque se despertó; yo cerré los ojos, como si de este modo quisiera ocultarme. Sentí que el Duque bostezaba desmesuradamente, y oí que en voz muy baja llamaba á la señora, diciéndole:

» — Marta..... Marta.....

» — Señor, contestó ella despertándose.

» — ¿Parece que duerme?

» — Sin duda; ¿qué ha de hacer la pobre niña?

» — Ya sabe V., añadió el Duque, que ha de cuidarla con la solicitud de una madre.

» — Así lo haré, señor Duque; seré á la vez su madre, su aya y su doncella.

» Yo escuchaba esta conversacion sin atreverme á abrir los ojos, pero no los tenía tan cerrados, que no pudiera ver el rostro de la señora Marta, cuyos ojos, abotargados por el sueño, me miraban con admiracion bon-

dadosa. Me pareció sumamente delicada la conducta del Duque, y le agradecí con todo mi corazon la compañía de aquella mujer, porque empezaba á sentirme arrepentida y aterrada del paso que acababa de dar huyendo con el Duque.

» El coche se detuvo, y me fué preciso abrir los ojos, pues el Duque se habia apeado, y la señora Marta, inclinada sobre mí, me decia dulcemente:

» — Señorita..... señorita.....

» — ¿Dónde estamos? le pregunté, fingiendo que despertaba.

» — En el Escorial, me contestó, echando sobre mis hombros la capa de viaje que habia junto á mí. Maquinalmente cogí el sombrero y me lo puse, dejando caer el velo sobre mi rostro. Me apeé de un salto, tocando apenas la mano que el Duque me ofrecia, y asida al brazo de Marta, entré en la fonda, donde nos condujeron á una habitacion en que habia dos camas. El Duque nos dejó en ella, y desapareció.

» A fuerza de reiteradas instancias consiguió Marta hacerme tomar un vaso de agua con

azúcar; fué lo único que acepté de cuanto me ofrecia. Tampoco quise acostarme; pero comprendiendo que mi buena aya no se acostaría mientras yo no lo hiciera, me recliné sobre un sofá y me quedé dormida.

»A la hora del almuerzo apareció el Duque y almorzamos silenciosamente; digo mal, porque yo almorcé apénas. Despues del almuerzo volvimos á quedarnos solas, y Marta trató de distraer mi tristeza con toda clase de conversaciones. Parecia empeñada en no dejarme sola con mi pensamiento, y yo, Dios mio, se lo agradecia.

»No queria saber dónde iba, dónde me llevaban; me era indiferente cualquier punto de la tierra.

»Luégo que la señora Marta hubo agotado el repertorio de sus conversaciones, inclinó suavemente la cabeza sobre el pecho, entregándose nuevamente á las dulzuras del sueño.

»Yo me levanté, porque necesitaba moverme; mis ojos se oscurecian con las lágrimas, y me faltaba aire, porque los sollozos me ahogaban. Parecia que tambien me aban-

donaban el aire y la luz. Buscando luz y aire, abrí el balcon y me asomé. Daba el balcon sobre la puerta de la casa, y estaban enganchando los caballos del coche que nos habia traído. Sin duda alguna se volvia á Madrid. Un secreto impulso me arrastraba hácia aquel coche que iba á tomar de nuevo el camino, y concebí el proyecto de volverme; pero..... ¿qué iba á ser de mí? ¿dónde refugiarme? ¿á quién acudir? Someterme de nuevo al imperio de mi madrastra era exponerme á mayores peligros. Habia comprendido al fin la refinada maldad de su codicia; ella fué la causa de la horrible muerte de mi buen padre. ¡Infeliz de mí! no tenía adónde volver los ojos; él tambien me abandonada, ¿y por qué?..... porque el fausto de la Marquesa habia deslumbrado su corazon. ¿Quién era yo, desdichada criatura, sola en el mundo, encerrada en una boardilla sin más lujo que el de mi inocencia, sin más fausto que el de mi amor, para disputarle á la brillante viuda el cariño de aquel hombre, que era mi vida?

»La rabia volvió á apoderarse de mi alma, y deseé en aquel instante con ardiente codi-

cia todas las riquezas de la tierra, y juré volver rica, espléndida, deslumbradora, implacable, y vencerla, hundirla, avasallarla y arrancarle el corazón que me había robado.

»Partieron los caballos, y el estrépito que el coche produjo al rodar sobre el empedrado de la calle despertó á la señora Marta, que no viéndome en el sitio en que me había dejado al dormirse, acudió presurosa al balcón, y como sorprendida, me dijo:

»—¡Ah señorita, está V. aquí!

»—Sí, le contesté; necesitaba aire, luz y horizonte.

»—Muy bien hecho, añadió, y me parece que le han sentado á V. muy bien la luz, el horizonte y el aire, porque ese hermoso rostro está más animado.

»Mi respuesta fué una sonrisa, y Marta prosiguió diciendo:

»—En París, que es indudablemente el paraíso terrenal, acabará de disiparse esa tristeza.

»—¿Vamos á París? le pregunté.

»—Por supuesto; á no ser que la señorita desee ir á otra parte, porque entónces el

Duque cambiará inmediatamente de itinerario. ¡Ah! el señor Duque es todo un caballero y la ama á V. con locura; pero créame usted, señorita, no sé cómo hay quien se muere sin ver á París. En todas partes se vegeta, en París se vive. ¡Oh, qué París, qué París!

»—¿Usted lo conoce? le pregunté yo.

»—Mucho, me contestó. Lo conozco á dedos; he pasado en él largas temporadas, días muy felices, y sin embargo, añadió suspirando, tiene para mí un triste recuerdo. En París enviudé.

»—Ah, exclamé yo, ¿es V. viuda?

»—Sí señora; viuda de Mr. Beauvilliers, coronel de infantería. Mi pobre Beauvilliers servía en el ejército español. Era muy valiente, y siempre que había guerra ofrecía su espada al que mejor le pagaba. Al fin murió, dejándome en París sola, en la soledad de la miseria, sin la triste viudedad que por su graduación me correspondía, y lloré mucho..... No se admire V., señorita. Me volví á España, y con la protección del señor Duque he ido viviendo. Mas en París se ol-

vidan todas las penas. Yo le anuncio á V. una vida brillante, una vida de princesa. Pronto adquirirá V. allí los modales de una gran señora. ¡Caramba!..... es V. muy hermosa y dará V. golpe.

» Confieso ingenuamente que oía con gusto á la señora Marta anunciarme la vida que me esperaba, como si sus palabras fueran en cierto modo el eco de mi pensamiento.

»—Sí, le dije, irémos á París.

» A la hora de comer entró el Duque en nuestro cuarto, y la comida no fué tan silenciosa como el almuerzo.

» A las diez de la noche nos dispusimos á continuar nuestro viaje. Asida al brazo de mi aya, y guiadas por el Duque, nos dirigimos á la estación del camino de hierro y llegamos á punto que entraba en ella el tren correo procedente de Madrid; subimos á un departamento reservado, y en seguida se puso el tren en movimiento.

» No pude reprimir el secreto impulso de una aflicción repentina, y mis ojos se llenaron de lágrimas. Sentí en mi corazón un inmenso vacío, como si me lo hubieran arran-

cado del pecho, y fuera de él, de mi mismo corazón, de quien me separaba. Me irrité contra mi debilidad, puse mi orgullo sobre mi pena, enjuagué mis ojos con mano colérica y me erguí..... Entre tanto la máquina rugía, dejando oír ese acento agudo y lastimero que estremece el aire y rompe los oídos; de vez en cuando brillaban relámpagos fugitivos, el humo, iluminado por chispas que parecían centellas, pasaba como un torbellino por delante de los cristales del coche; un trueno interminable, ronco, continuo, hacia temblar el tren en que volábamos, arrastrado con ímpetu salvaje por una fuerza brutal, ciega, furiosa. Había algo de desesperación en aquella carrera monstruosa. Todo huía á nuestro alrededor; los montes, los árboles, las casas, las llanuras se precipitaban á nuestro paso como ríos sin cauce; las montañas se adelantaban sobre nuestras cabezas, parecía que iban á aplastarnos, pero se rasgaban hendiduras por el tren, que volaba como una flecha. Hubo momentos en que creí que la tierra iba á abandonarnos. Sólo el cielo lejano del horizonte nos seguía an-